

Espacios literarios en *Opio* en las nubes de R. Chaparro Madiedo*

Literaty spaces “Opium on clouds” by R. Chaparro Madiedo

Leydi Yoana Ramírez Ocampo**

La verdadera cartografía de la ciudad se hace muy cerca de los hombres; la construcción de la ciudad literaria comienza por el desciframiento de nuestras creencias y motivaciones colectivas

Naranjo, “*La novela de Mario Arrubla: La infancia legendaria de Ramiro Cruz*”.

Resumen

La ciudad es un lugar que ha generado grandes desarrollos en la modernidad, los cuales han modificado los espacios urbanos y la vida del hombre que la habita. La literatura, a través de sus líneas, ha querido dibujarla desde diferentes ámbitos, entre estos se destaca la novela del escritor Rafael Chaparro Madiedo, *Opio en las nubes*. Este panorama de transformaciones psicosociales que son vividas en el espacio urbano, constituyen el centro del análisis de este texto, considerando rutinas, personajes y situaciones de ruptura que se dan en la ciudad. Esta lectura crítica tiene como horizonte el ensayo “Las ciudades literarias en la modernidad en crisis”, de Fernando Cruz Kronfly. Para ello se describirá la ciudad en la modernidad, relacionándola con el progreso y se desarrollará el análisis en torno a seis nociones de la transformación del espacio urbano.

Palabras clave: Espacio de evocación, migraciones, utopía, sensaciones, crisis de sentido, cultura del crimen.

* El presente artículo se inscribe como producción dentro del Seminario de Poéticas dictado en la Maestría de Literatura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, en el primer semestre del año 2013.

** Licenciada en Lenguas Modernas de la Universidad de Caldas. Estudiante de la Maestría en Literatura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Correo electrónico: lyramirez@gmail.com

Abstract

The city is a place who has been a precursor of progress in modernity, in fact this progress has permitted changes took place in urban spaces and in life of citizen. Literature through its lines has indeed wished to show it up from different fields, Rafael Chaparro Madiedo's novel *Opio en las nubes* [Opium in the clouds] is one of them. Outlook of these psycho-social transformation in an urban space establish the mean of this study about the text, taking into account routines, characters, and rupture situation in city. This review aims the essay "Las ciudades literarias en la modernidad en crisis" [Literary cities and modernity in crisis] proposed by Fernando Cruz Kronfly. This is why city will be described in modernity in comparison with progress and an analysis will be developed about six transformation notions of urban space.

Key words: Evocation space, migration, utopia, feelings, sense of crisis. crimen culture.

Introducción

La ciudad, más que un atiborrado de imágenes, es un espacio donde confluyen diferentes culturas. La metamorfosis es una característica permanente en la ciudad no solo por su aspecto físico, sino por los cambios sociales, políticos y económicos que afectan tanto el espacio urbano como el rural. Las ciudades latinoamericanas día a día se enfrentan a un proceso de modernidad y modernización¹, para su crecimiento y "progreso". El pasado y el presente conviven en la evolución desmesurada de las ciudades, en donde los espacios se enfrentan a un cambio, perdiéndose en los planos de una ciudad sin planificación, que sobrepasa los límites llegando a la periferia.

En este proceso de masificación no solo las calles cambian, en especial los sujetos cambian su identidad bien sea por un interés,

1 Según Cruz Kronfly (1994), modernidad es un proyecto global en donde la economía, la filosofía, el avance científico-tecnológico, la política, el ámbito socio-cultural e incluso el arte, deben buscar la construcción de una sociedad capitalista, es decir, en donde todos sus componentes giren en torno al progreso y la razón del ser humano. Por otro lado, "la modernización se refiere a la incorporación de nuevas tecnologías y procedimientos para mejorar la eficiencia y la productividad en los procesos de producción y de prestación de servicios" (Cruz Kronfly, 1994, p.5-21).

obligación o placer. En este fenómeno la inserción y la supresión es una constante de la ciudad, que se instaure en los miembros de una sociedad marcada por la estratificación social, racial o sexual, generando allí no solo una mega ciudad o metrópoli, sino otras pequeñas ciudades con características propias e intereses que marcan los grupos marginados de la “gran ciudad”.

Porras (1986) enuncia que “las ciudades eran espacio de comunión para sus habitantes: en los centros y en los parques se reunían hombres y mujeres de todas las edades se comunicaban y se relacionaban” (p.97), era un espacio que brindaba trabajo, descanso, recreación, etc., los elementos necesarios para el desarrollo de algunas de las esferas humanas. Pero hoy la ciudad se ha reducido al miedo y al silencio, pues la cantidad de cambios y el crecimiento desmesurado de las ciudades ha causado que los espacios familiares de diálogo y del compartir cotidiano se hayan perdido entre los muros de cemento que día a día se construyen; espacios cerrados que aíslan al ser humano y lo cohiben de una sociedad. Seres que viven solos, en mundo plagado de gente que lucha por subsistir, en donde su ideal se convierte en un individualismo total, en una lucha constante por méritos.

Pero no solo la soledad ha acompañado este proceso de modernización, también la velocidad y el consumismo, ya que son las principales características que han marcado este fenómeno, el afán, el trajín diario que se vive en las grandes ciudades. Como lo dice Murcia (2009): con “la posmodernidad, la ciudad dejó de ser ese espacio apacible, aunque dinámico, para convertirse en una selva de concreto, que solo espera decir: al final se los tragó la selva” (¶ 1). La literatura abre un espacio para abordar esa ciudad simbólica, cargada de recuerdos, vivencias, imágenes y quimeras de un espíritu que deambula por calles, casas y laderas, llevando en su evocación momentos que inmortalizará en la memoria.

Este artículo busca identificar esa ciudad descrita en la novela *Opio en las nubes*, del colombiano Rafael Chaparro Madiedo, el panorama de

una ciudad nocturna, devastada por la dinámica humana de consumo sin medida, de una razón debilitada por el insomnio, la soledad, la velocidad, la monotonía, la desolación, el trájín de lo cotidiano, el caos de las avenidas y calles que comunican la ciudad, en donde los bares, las drogas y el alcohol permiten olvidar lo miserable de la humanidad actual. *Opio en las nubes* es una de las dos novelas de Chaparro Madiedo con la cual ganó el Premio Nacional de Literatura en 1992, caracterizada por su escritura al no poseer un estilo formal. Sin embargo, sus descripciones la vuelven una obra de sensaciones que atraviesan el pensamiento humano. Además, se podría decir que Chaparro Madiedo quiso marcar su escritura con la realidad caótica que vive la ciudad, la supresión de signos de puntuación, la extensión de sus párrafos, el uso continuo de puntos en algunos de sus apartados obstaculiza la respiración causando un trancón; parar y seguir hasta donde el aire de los pulmones quede agotado, impidiendo fluidez y naturalidad en la lectura.

No hay que olvidar que esas sensaciones también transportan al lector a través del sonido de las canciones que enumera en su texto, ayudando a describir sus personajes, caracterizándolos en las letras de estas, ya que declaman una realidad desoladora, un sentimiento de deseo, de amor, de querer volver al lugar de origen, de la motivación causada por el ser amado, de insatisfacción, de homicidios, de protesta contra la clase dirigente y las leyes, de muerte. Estos diversos sentimientos que, de forma muy sutil, reseña Chaparro Madiedo en canciones, bandas y cantantes como: The Rolling Stones, Bob Marley, Pink Floyd, U2, The Beatles, Whitney Houston, Jimi Hendrix, AC/DC, The Eagles, Sex Pistols, Donna Summer, The Police, Guns N' Roses, reflejan el caos que el ser humano vive en la ciudad, el cual contrasta con el deseo de paz y tranquilidad que melodías suaves, tenues como las de Wagner, Beethoven y Mozart, también enunciadas en el texto, hospedan a sus personajes alejándolos a lugares tranquilos, olvidándose de la tensión de su realidad.

Ciudad desde la literatura

La ciudad es más que una víscera hecha de calles, de edificios y palabras, se instaura en el alma, en el torrente de la memoria, en el equipaje de los recuerdos, transita por el cuerpo, condiciona los ademanes o los giros del lenguaje, impregna una idiosincrasia y conduce a la tristeza persistente o a la bengala fugaz de la alegría (Garcés, 1986). Además, Cruz Kronfly (1986) agrega que la ciudad es más que un conglomerado de moles, monumentos y vías, la ciudad es un puñado de recuerdos y de símbolos que le pertenecen a la cultura de las ideologías y a la historia de la arquitectura, es decir, la ciudad se construye, además de los espacios físicos, con una diversidad de ideologías manifestadas en prácticas que se encargarán de tejer la cultura. Asimismo, la ciudad guarda una infinidad de evocaciones, recuerdos vividos por sus habitantes en sus diferentes espacios y situaciones.

Por tanto, esa ciudad que vive en el recuerdo cobra vida gracias al arte de la palabra, ya que delata sus laberintos, recreándola, fundándola, concediéndole un nombre, ensanchándole su panorama humano a través de personajes y esperanzas, haciéndola viajar entre las palabras por geografías distantes y distintas (Garcés, 1986). Entonces, ese imaginario llamado “espacio narrado” existe gracias a la palabra que le permite, a partir de la memoria, del sentimiento, del deseo o del pavor, concretar la relación entre el hombre, sus lugares y sus cosas, pero, sobre todo, el vínculo que se establecen entre los hombres y estos elementos. Esta asociación es denominada por Cruz Kronfly (1986) como “la simbología de lo urbano entrelazada con lo humano”, es decir, darle un valor cultural a aquellos espacios en los que se desenvuelve el hombre: la alcoba, la calle, el bar, la plaza, la noche, el día. Puesto que la vida no es algo que se vive solo en el tiempo y en el espacio, también se entrecruzan aquellos objetos que le permiten traer a su memoria reminiscencias que son plasmadas a través de la literatura.

La literatura es ese espacio imaginario donde se le da significado a la remembranza, el espacio donde nace la ciudad imaginada, es decir, la aglomeración de vivencias y presencias casi siempre contradictorias demarcadas en un mismo ámbito y en torno a un único individuo, donde el autor es quien resuelve la invención a partir de una realidad determinada. No obstante, esta ciudad imaginada no es otra cosa que la ciudad del hombre, la ciudad que trasciende al ser humano y le identifica plenamente, sin ninguna distinción ni barrera (Rosero, 1986). La literatura le ofrece a la ciudad una nueva forma de verla, desde sus diferentes espacios, bien sea reales o imaginarios, esta nueva lectura descifrada por la visión creativa de los autores describe sus gestos más íntimos, que se mezclan con sus preferencias psicológicas o mundanas. Además, quien describe a la ciudad destaca lo que le interesa, lo que mueve su sentir, pues “aunque se trate de la misma cosa urbana, cada ser confecciona, ama y sufre su propia ciudad” (Garcés, 1986, p.15).

Estas palabras son apoyadas por Escobar (1986) y Porras (1986), ya que ellos piensan que para escribir la ciudad, un sujeto, un lugar, una situación, es necesario haberla vivido, o por lo menos conocerla. Teniendo en cuenta lo anterior, los autores que escriben sobre la ciudad la sienten, la han vivenciado u observado, como en el caso de Chaparro Madiedo, que la retrata a través de personajes comunes, con una vida, un espacio socio-cultural y no cuentan con un reconocimiento. Este tipo de personas son la mayor población que la habita.

Es importante recordar que, para la historia oficial, el hombre común no cuenta, ella solo se preocupa de los grandes hombres y de sus hechos heroicos. Por eso la literatura se encarga de describir y tener presente el hombre común y corriente, el de la calle, el que sufre, disfruta, ama, odia y que, de cualquier manera, siempre está peleando por la vida (Porras, 1986). Esos son los personajes que encarna Chaparro Madiedo: Amarilla, Sven, Pink Tomate, entre otros, que se abren un espacio para ser recordados a través de la literatura.

Figuración de las ciudades literarias

Cruz Kronfly (1998), en su ensayo “Las ciudades literarias en la modernidad en crisis”, invita a ver la ciudad más allá de la construcción física, en la que se vive un pensamiento, una cultura integrada por “normas, códigos y convenciones”, que la viven sus ciudadanos a través de sus representaciones, sus sentimientos y afectos en la cotidianidad, las cuales se patentizan en las utopías, miedos, riesgos que corren algunos al llegar a ella. Algunos viven aventuras en el transcurso de los días, y otros evocan sus recuerdos o aceptan las rupturas generadas en lo habitual. De acuerdo con lo anterior, en la ciudad el habitante no solo es sujeto en cuanto a lo público y lo privado, sino a su interior, a su psiquis, unido a una cultura urbana que le proporciona reglas y acatamientos de comportamiento.

El sujeto, al desenvolverse en esta estructura cultural, decide adaptarse o resistirse a ella. Por tanto, la ciudad no solo está construida desde lo físico o lo cultural, sino desde lo psíquico-literario, donde el sujeto hace emerger sus emociones y sus sentimientos a través de imaginarios, es decir, las promesas que la denominada modernidad le ofreció para su bienestar se desvanecen en evocaciones y desesperanzas. Entonces, la ciudad, desde una perspectiva literaria, según Cruz Kronfly (1998), se ve desde seis planos diferentes que permiten develar la psiquis del ser humano, los cuales se pretenden describir a través de los personajes creados por Chaparro Madiedo en *Opio en las nubes*.

Como primera instancia está “La ciudad como evocación”, según Cruz Kronfly (1998), aquella que traslada el sujeto a momentos vividos en la vida, acompañados de lugares, objetos, situaciones que los habitaron en ese instante. Esta evocación constituye el pasado del sujeto, que en algunas situaciones es atropellado por los cambios de la modernización. Es allí donde la memoria evoca y retorna como en una especie de viaje psíquico a estos lugares donde se vivieron instantes fundadores y fundamentales en la vida del hombre. Esta resurrección posibilita que la identidad y la seguridad se fortalezcan en el sujeto, pues

esta regresión al origen permite el reconocimiento propio. Pero esta sensación de fortaleza se ve golpeada por la constante remodelación de los espacios físicos, la velocidad y contemporaneidad. Allí la memoria recobra su poder reconstructivo por medio de imágenes remembradas en un proceso interior, para sentir de nuevo grandes momentos que fueron marcados por lugares, objetos e instantes pasados.

Son varios los momentos evocados en la novela de Chaparro Madiedo a través de lugares. Esta remembranza se describe cuando Amarilla habla con Sven, su novio, amante o pareja, en la obra no se especifica, solo es un sujeto que la acompaña en varias vivencias. En un episodio Amarilla y Sven salieron del cine sin ganas de caminar y sin sueño, por eso decidieron comprar brandy, galletas y cigarrillos, luego abordaron la ruta 34A que los llevaría a Meissen. Cuando iban en el bus Amarilla recordó su infancia mientras observaba los urapanes² a través de la ventana:

... después cogió la Avenida República del Uruguay y nos pusimos con Amarilla a contar los urapanes, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete las estrellas, las canecas de basura, las puertas y las ventanas de aquellos edificios grises donde a veces se veía un rostro asomado por la ventana mirando hacia afuera. Amarilla me dijo que los árboles le recordaban la niñez. Que cuando era niña siempre contaba todos los árboles y que los que tenían aves en sus ramas contaban por dos y me dijo muñeco vamos a contar urapanes, claro, muñeca contemos, uno, dos, tres, cuatro, cinco urapanes... (Chaparro Madiedo, 1992, p.122)

Amarilla hace una añoranza reconstruyendo lo que acostumbraba a realizar en su infancia, contar los “urapanes”, árboles que la acompañaron en su niñez. Aún están ahí como un objeto que ve pasar todo, que guarda en su memoria los incontables días de felicidad, inocencia y madurez que la vivencia ha dejado atrás; trata de experimentarlo de nuevo, por

2 El urapán es un árbol que mide hasta 35 metros de altura, su copa es irregular, su follaje deciduo; es decir, sus hojas se desprenden en una estación determinada del año. Sus hojas son opuestas, pinnadas compuestas por folíolos finamente aserrados; flores grandes y hermafroditas que se forman en panículas, semillas aladas y con forma de paleta, que se las transporta fácilmente el viento. El urapán, un árbol extranjero, llegó para quedarse en la ciudad bogotana, esta especie exótica nativa del Extremo Oriente (China, Rusia, Japón). Sirvió como arborización de la ciudad gracias a su adaptación al frío (Colombia aprende, s.f.).

eso invita a Sven a sentirlo con ella. En este episodio los lugares de la infancia no están destruidos, se recuerdan y restauran cada vez pasa que en la ruta rumbo a casa.

Pero los urapanes no son solo amigos inmóviles de Amarilla, de la misma manera Gary Gilmour venera a un urapán como su amigo, el único árbol que tenía la prisión, era verde y allí las palomas se posaban a tomar el sol y bebían del rocío que la copa del árbol aguardaba. Gary lo había bautizado Zimbabwe (Chaparro Madiedo, 1992). Este árbol, con sus frondosas ramas adornadas con un verde profundo, le dan un aspecto impetuoso, robusto y resistente, permanece en algunos lugares de la ciudad, se instauró en ella, en las vidas de Amarilla de Gary Gilmour y en los recuerdos de Max. Sus ramas servían de abrigo no solo para las palomas, sino para albergar los secretos que le encomendaban cada uno de los personajes que se acercaban a él. Sin duda este urapán tenía gran significado para Gary Gilmour, al que le brindaba un ritual diario como pacto de su amistad, el cual Gary le detalló a Harlem cuando la conoció en el *Opium Strep Tease*. Allí le contó que había estado ocho años en prisión, que sus dos únicos amigos eran Max y un árbol.

... para tener un amigo urapán, había que acercarse y hablarle en las mañanas y orinar en su tronco en las noches... hablarle al árbol, al urapán y decirle, oye amigo urapán aquí estoy yo, allá estás tú, oye amigo urapán me voy a fumar un cigarrillo bajo tu sombra, bajo tu olor a silencio, bajo tu olor a viernes y a jueves que siempre tienes y tal vez voy a soñar un poco [...] y tal vez voy a leer un libro, un poema [...] cinco poemas tristes que empiezan diciendo un viento salvaje recorre mi corazón, un viento salvaje me arranca de ti [...] Una vez que se le ha hablado al urapán, hay que escuchar sus silencios, sus susurros, pues él te dice muchas cosas, él siempre está ahí, es testigo de todos los amaneceres, eso es lo más importante de todo es que se puede dormir bajos sus ramas y sueñas cosas que nunca sueñas en otra parte. Es algo increíble... (Chaparro Madiedo, 1992, p.67- 68).

Después de haberle descrito su aprecio por el urapán a Harlem, le dijo que cada vez que tuviera “un sueño con lluvia era porque él estaba debajo de un urapán soñando con ella, con su olor a opio, a hielo, a

noche...” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 68). Esta descripción muestra cómo Gary quiere permanecer en la memoria de su amor, evocado cada vez que vea esta clase de árbol. Gary transformó el urapán en un objeto de evocación, pues sus descripciones llenas de sentimiento y emoción permitían que las hojas de los árboles se mecieran en los tímpanos de Max y viajaran hasta la memoria, para convertirse en imágenes representativas de aquella amistad que renacía cada vez que se acercaba a un urapán.

Después de la muerte de Gary, Max iba todos los días hasta “el urapán a echarle sopa a las palomas, rebotaba la bola contra la pared de la prisión para recordarle a Dios que Gary Gilmour no estaba en el infierno, sino en Zimbabwe cuidando un rebaño de cebras blancas” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 29). Esta representación de amistad la evocaba Max cada vez que veía un urapán. Se acercaba y hacía una oración en silencio por Gary Gilmour y por el guardia Monroe, solicitándole al ángel de la guarda que no los desamparara, ritual que realizaba en las carreteras, en el parque. El día en que decidió hacer el robo fracasado con la Babosa, se acercó al urapán, oraba como sinónimo de bendición mientras sus hojas caían sobre su cuerpo, y su olor fresco y color verde lo abrazaban, pues para Max, Gary y Monroe se habían convertido en la figura paterna que nunca lo había acompañado. Ellos eran quienes lo aconsejaban, eran sus amigos en la prisión y continuaban siendo una figura importante para su vida.

El mar es otro de los lugares de reminiscencia, que aguarda los buenos momentos que disfrutaron los personajes de la historia. Allí iban Monroe, La Pielroja y Max los fines de semana para liberarse de las rejas entre las olas que golpeaban sus cuerpos, la brisa que los acariciaba y el sol que coloreaba sus pieles, mientras Max jugaba con pelotas de colores lanzándolas al mar (Chaparro Madiedo, 1992). Los tres deleitaban sus ojos entre el ir y venir de los barcos blancos los domingos. Allí, bajo el impetuoso sol y las fuertes olas del mar, Max conoció el amor después de salir de la prisión a una chica sin nombre.

Pero el mar, entre su inmensidad y su fuerza, no solo era sinónimo de alegrías, también era el triste recuerdo de haber arrebatado dos seres queridos, no solo para los personajes de la historia, sino para sus lectores: en el mar se había sumergido Gary, mientras Max veía cómo desaparecía bajo las aguas saladas y regresaba con su pelota de béisbol que golpeaba contra el mar, como reclamándole por el ser que le había arrebatado.

De otra parte, Amarilla navegó mar adentro sin regreso, en su pequeño bote blanco acompañada de sus gatos, una botella, una caja de cigarrillos y un “te amo” que le dijo Sven al abordarlo. Su despedida con Sven, un abrazo y una mirada triste que lo envolvía mientras miraba el bote blanco que resaltaba con el amarillo de su camisa, fumando un cigarrillo y lanzando un puñado de arena al viento como símbolo de que polvo eres y en polvo que se lleva el viento te has de convertir. Sven, antes de irse a casa, se despidió de Amarilla con un nudo en la garganta:

...hasta luego Amarilla hasta nunca nunca te pude comprar las camisas que querías no me diste tiempo me siento vuelto mierda nunca te pude comprar la camisa violeta ni la roja ni la azul nunca te puse atención cuando me hablabas en los parques nunca se me va olvidar tu olor a tengo frío Amarilla me hace falta tu aliento a alcohol tus palabras cortadas tu sangre en la bañera tus cigarrillos malucos tengo un trancón de tráfico en el corazón (Chaparro Madiedo, 1992, p. 132).

En segundo lugar, está “La ciudad como lugar del nuevo nómada”. En esta categoría se presentan dos tipos de nómadas dentro de la ciudad. Uno es el transeúnte³ que está solo en la gran ciudad, sumido

3 Joseph (2002) retoma las definiciones de Virginia Woolf y Georg Simmel para definir el transeúnte como aquel sujeto que vaga por la ciudad, sin una linealidad establecida, interactúa en diferentes escenarios tanto en el tiempo como en el espacio urbano. Además, el autor describe tres tipos de transeúnte: (1) el paseante callejero; es sensorial percibe la calle desde la mirada, pero su sonambulismo radica en que no posee un criterio, su espíritu es perezoso y adormecido; (2) el vagabundo urbano es un personaje distraído, su mirada es sesgada, cerrada, embadurnada, solo percibe “apariencias normales” o “situaciones de alarma”, no se arriesga a explorar lo nuevo; (3) el paseante urbano tiene la capacidad de observar pero es incapaz de interpretar, su vida pasa de un plano, de un rol a otro entre fluctuaciones en el imaginario ciudadano.

en el vacío, sin saber quién es ni para dónde va, el que camina anónimo dentro de la multitud. Es ensimismado, acepta las órdenes establecidas cotidianamente, estas características permiten la instauración de un nomadismo urbano en un sujeto que deambula por los diferentes sitios de la ciudad, pero que regresa a su lugar de origen. El segundo nómada rompe las barreras entre lo público y lo privado, va de un lugar a otro para observar y ser observado, afanado por la moda y la velocidad (Cruz Kronfly, 1998).

A continuación se estudia el primer nómada, aquel que vaga por las calles como sucede en varios personajes de *Opio en las nubes*. Tal es el caso de Pink Tomato, que vagaba por techos:

Mi lógica es vagabundear por los techos y decir trip trip trip soy el dueño de mi pequeña soledad alquilada, qué cosa tan seria, es sentir la lluvia en mi rostro, es ser la lluvia, ser la desolación, ser el viento nocturno, ser la contaminación, ser una botella de whisky, ser las nueve de la noche, ser un árbol, [...] (Chaparro Madiedo, 1992, p.115).

Este aspecto de vagabundear no solo es una característica del hombre, sino que un personaje animal cumple la función de vagar anónimamente sin saber quién es, un animal que puede ingresar al espacio público o privado, invadiéndolo desde los techos para contarle historias a su compañero Lerner, el gato del vecino muerto. En sus recorridos narra las historias de Daisy, una hermafrodita que se volvió prostituta para tener una vida sexual libre y quien vive en las calles para encontrar felicidad; Altagracia, una mujer solitaria que encanta a sus víctimas y luego las asesina; el triángulo amoroso de Carolo, el Loco y Susy, donde los dos primeros terminan suicidándose al no poder estar con ella y Susy se marcha a los Estados Unidos. Luego termina contando las ruinas de la ciudad destruida.

Otro caso es el de Alain, el dueño del bar Cosa divina, que vive su vida bajo el humo del cigarrillo y las copas de licor que inundan su cerebro. Alain se pasea en su bar con su camisa de flores y un vaso de vodka, saludando a todo el mundo, con una sonrisa pobre para atraer

a sus clientes (Chaparro Madiedo, 1992). Aunque no se describe como un nómada en las calles, es un hombre que vaga entre las mesas del bar, conociendo personas que diariamente llegan allí por algún motivo, conoce a todo mundo pero, a la vez, no conoce a nadie.

Durante la narración de la obra todos los personajes deambulan⁴ por la ciudad nocturna: en los bares, las avenidas, los parques, la casa, el malecón, el mar, el hipódromo, caminan sin rumbo. En varios episodios Sven acompaña a Amarilla a caminar, por gusto, para pasar el día, en otro para buscar a Pink cuando se perdió. Es irónico ese caminar entre vagabundos para buscar un vagabundo entre techos: “Anduvimos por aquellas calles llenas de humo y aceite y nos acercamos a los vagos... buscando a Pink Tomate [...] y seguimos caminando por esas calles...” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 36). Otro ejemplo de vagabundeo se percibe al finalizar la historia. Amarilla emigró en su bote blanco en el mar, Sven quedó solo, caminando por las ruinas de la ciudad en su soledad: “Durante varios días caminé sin rumbo fijo por las ruinas de la ciudad [...] En el final del malecón había un pequeño bar” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 16). Sven continúa en su nomadismo, sin rumbo, solo, un anónimo que emerge a los espacios públicos pero que tiene que afrontar la dureza y el encanto de la soledad después de la pérdida de Amarilla.

Cruz Kronfly (1998), en el planteamiento de “la ciudad como lugar del nuevo nómada”, también habla de un nómada urbano que vive en una soledad potenciada por un anonimato urbano, que vive ensimismado, solo que es ignorado entre la multitud, sumergido a la soledad entre la muchedumbre, un desconocido enfrascado entre crueldad y la dureza de la ciudad. Chaparro argumenta su obra en medio de unos personajes derrotados y apresados, no por un estamento de poder, sino por sus

4 Joseph (2002) describe al sonámbulo o insomne como un ser extraño y solitario, caracterizado por moverse en el espacio público con trayectos definidos y adaptarse a las sucesos inesperados, no se distrae y no se vincula a situaciones innecesarias. El insomne es aquella persona que experimenta el abandono y el desamparo en el espacio público, un sujeto incapaz de sociabilizar; pero su existencia permanece entre la discordia y la reivindicación.

propias desilusiones y por una ciudad ajena. Personajes creyentes del amor como pretexto para cambiar de vida, huyen en su mundo sin preocupaciones, sin responsabilidades, ni ataduras. Por eso Sven, Amarilla y Pink huyen de la gente, permanecen solos, ignorados hasta el punto de perder su identidad. Amarilla se presenta sin apellido, sin número de documento, anónima:

Nombre: Amarilla.

Estado Civil: soltera.

Religión: ninguna conocida; alguna vez intentó ser Hare Krishna. Pero [...] la expulsaron. [...] intentó ser vegetariana. Tampoco funcionó. Por último se metió a una liga que defendía las ballenas [...] Hasta donde sabía su madre la bautizó [...] hizo la primera comunión... (Chaparro Madiedo, 1992, p. 7).

¿Cómo se puede percibir un personaje que desconoce su pasado? Parece que hubiera perdido comunicación con su familia, ya que desconocía sus raíces, una característica de las ciudades modernas, donde el anonimato y el desentendimiento por el otro predominan. Por otro lado, está Pink Tomate, un gato callejero encantado de su dueña Amarilla. Pink es un personaje que no posee una identidad definida, describe todo lo que permea con sus sentidos, como los olores, los sonidos y los sabores: “Soy Pink Tomate, el gato de Amarilla. A veces no sé si soy tomate o gato. En todo caso a veces me parece que soy un gato que le gustan los tomates o más bien un tomate con cara de gato” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 4).

Por último está Sven, otro personaje anómalo que narra diversas aventuras y desventuras de su vida; al igual que Pink Tomate, describe todo a su alrededor y, así mismo, su mundo interno y ensoñado rodeado de drogas, sexo y alcohol. “Me llamo Sven y morí ayer o tal vez la semana pasada. Realmente no sé qué sucedió. No sé si fue una inyección de veneno en las venas o si me estallaron una botella de whisky en la cabeza” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 12). Personajes que,

en medio de sus vivencias, pierden u olvidan su nombre, los días, las horas, los momentos, acontecidos por la ignorancia de identidad. En la mañana pueden ser padres, hijos, hermanos... en el transcurso del día médicos, abogados, maestros, ingenieros, psicólogos... y en la noche vagabundos, solitarios, bohemios..., en constante cambio de roles por cada situación, lugar y contexto.

La palabra responsabilidad tintinea, por eso deciden pasar los días en otro mundo, sin inhibiciones, en medio del whisky, mareados, para evadir la realidad, no saber de las tristezas diarias de los hombres que se plasman en los noticieros, en los periódicos, en la esquina, en el barrio, en la ciudad. Ellos quieren ser humanos de carne y hueso que sienten, que se equivocan, que olvidan, no maniqués de plomo disfrazados de humanos. En medio de la aglomeración, estos nómadas urbanos sosiegan su soledad entre los recuerdos y las evocaciones que su memoria visualiza en el trasegar por los espacios ya recorridos.

La tercera ciudad es “la ciudad de la utopía, como objeto del deseo”, el centro del proyecto moderno, en ella convergen la razón, la técnica y el progreso, es decir, la ciudad es el espacio del progreso avanza gracias al ingenio y trabajo del hombre, sus nuevos ciudadanos la miran como sinónimo de confort, de prosperidad, implementando en su ideología un nuevo estilo de vida fundamentado en el consumo. Pero para aquellos que sueñan con una ciudad limpia y ordenada que les proporcione a sus habitantes placidez, se diluye día a día ante el crecimiento desenfrenado de las mismas, donde los dueños del comercio constructor constantemente edifican y demuelen, modificando los espacios físicos con el ánimo de generar progreso a la anhelada ciudad (Cruz Kronfly, 1998).

Tal es el caso de Max y La Pielroja, su madre. Cuando salieron de la prisión querían ir a una ciudad que tuviera parques con palomas. Caminaron de ciudad en ciudad, de carretera en carretera, hasta que encontraron una ciudad y se insertaron en ella para trabajar y cumplir una rutina. Cuando Max vio el parque se le iluminaron los ojos,

destellaban ante lo admirable que podía ser su nueva vida. Lo primero que hizo fue ir a la alcaldía a pedir un puesto como alimentador oficial de las palomas de los parques de la ciudad. La Pielroja entró a trabajar a una fábrica de ropa en el extremo sur de la ciudad y todas las mañanas, después de que su madre se iba para la fábrica, Max se iba a los parques y esperaba a que las palomas bajaran del cielo para alimentarlas. Un día Max fue conducido a la comisaría porque cerca del parque un camión atropelló a una paloma. Max golpeó al conductor y le rompió las botellas de la leche contra el pavimento. Su madre lo sacó de la prisión y Max consiguió otro empleo (Chaparro Madiedo, 1992).

Esta escena muestra ese hombre que anhela llegar a una ciudad de ensoñaciones, de migraciones, que recibe a todos aquellos que buscan una oportunidad, un trabajo que les permita cubrir sus necesidades. Pero Max se desilusiona ante la injusticia cometida con aquellos seres indefensos. Él consideraba que todas las personas debían cuidar a las palomas, pero se da cuenta de la indiferencia y la sinrazón de la justicia. Este acto termina convirtiéndolo en un ser deshumanizado en la urbe moderna. Además, esta escena representa la emigración de la gente a las ciudades, la ven como el gran objeto del deseo, como el lugar de las oportunidades, una utopía de la perfección citadina. Ignorando que, junto a estos agentes, las personas terminan deshumanizadas al enfrentarse con el despotismo y el fracaso.

La cuarta ciudad que nos presenta Cruz Kronfly (1998) es “La ciudad de las sensaciones”, la ciudad como un tejido de sensaciones que el nuevo nómada percibe a través de sus sentidos en el continuo trasegar por los diferentes sitios de la ciudad. Los olores y los sonidos evocan personas, las imágenes reconstruyen situaciones y los sabores que transportan en el tiempo. Estos estímulos vienen a formar parte de esta dimensión de la ciudad, los cuales cobran vida en el transeúnte a través de la evocación y el recuerdo. Sin lugar a dudas, la ciudad de Chaparro es la ciudad de las sensaciones, donde los órganos de los sentidos se disparan con solo

leer la novela, en especial el olfato y la vista. La ciudad está cargada de humo azul de cigarrillo y sabor a vodka, de olor a calle:

... lo que los determinaba definitivamente eran los olores más que los colores en las mañanas [...] olía siempre a café recién preparado a jabón de espuma azul [...] más tarde se filtraba el olor de los perros y de las hojas secas de los parques [...] después me llegaba el eterno olor de mamá siempre olía a pan papá por su parte olía a carro [...] los olores son ese tejido invisible que conectan todos los recuerdos [...] las calles también tienen su olor [...] cuando uno está chico huele a cadena de bicicleta a grasa a refresco a paleta de limón a árbol tal vez a pino [...] el olor de los días es un océano invisible por donde vagamos sin saber dónde queda la costa ni los faros [...] luego en las noches los dejamos arrumados cerca de las palabras de los recuerdos [...] podía oler el olor de sus orines [...] a veces eran orines flacos otras veces orines gordos [...] pero a los pocos minutos otra vez el vidrio se ensuciaba y todo volvía a ser ... (Chaparro Madiedo, 1992, p.61-63).

Como lo dice Cruz Kronfly (1998), los transeúntes que deambulan por esta ciudad tejen sus sensaciones en ella, porque la ciudad ve, escucha, huele, toca y gusta. El tejido confuso de sensaciones que Chaparro Madiedo describe desde el exterior se perpetúa en los sentidos tanto de sus personajes como del lector, en medio de esa agitación se siente más cerca la ciudad. El autor no evoca la ciudad, la vive y la describe de una forma agitada, en donde se conglomeran todas las sensaciones que se matizan en la luz del día, en el frío de la noche, en los espacios que se recorren.

Sven describe en la novela la ciudad de las evocaciones, por medio de diferentes episodios en las que se encuentran la narración de su muerte a causa de una sobredosis retornando desde su llegada al hospital. Cuenta la manera en que su vida rutinaria transcurría entre bares y el hipódromo, abre su pasado a las aventuras de su infancia, describe una radiografía sobre la vida de las personas que viven en el parque y en el zoológico, al final de la historia narra la despedida de los amantes y se adelanta a la destrucción de la ciudad. En el texto citado, Sven afirma que el olor permite revivir los recuerdos: “los olores son ese tejido

invisible que conectan todos los recuerdos” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 62). Recuerda su niñez, las travesuras y deseos de adolescencia con sus amigos, evoca el olor de sus padres, metaforiza el olor del orín en la tristeza de los días, de lo vivido, compara la vida como un vidrio que se rompe cuando se está aburrido, cansado, solo.

Otra palabra de gran significado es la *boca del estómago*, los sentimientos se ubican en el vientre, la preocupación, los nervios, la tristeza, la melancolía, ese run-run se instala en la zona baja del tronco, la impresión de una herida es como un pellizco en el estómago; una especie de cosquilla que no te hace reír, pero forma un vacío. Pero en la zona del estómago también se ubica la rabia, el enfado, emociones que se notan en la presión de las venas, en el cuello y en las mejillas cuando cambian de color. Esa rabia que siente Sven, que lo lleva a querer romper los vidrios de la vida, destruirlos y luego volverlos a armar.

En quinto lugar está “la ciudad como crisis del sentido”: el mito anhelado del progreso de la ciudad ordenada, que brinda tranquilidad, no solo se ha visto derrumbada por las modificaciones constantes y plurisignificaciones en el espacio público-privado, sino que esa ciudad anhelada atrajo hacia su centro poblaciones migraciones de diferentes extremos del territorio, del mundo, que llegaron cautivados por la civilización y el deseo de prosperar. La ciudad como conglomerado de esta diversidad de culturas se ha visto afectada con las múltiples formas y estilos de vida que disputan por sus conveniencias de pensamiento. La calle, un lugar público, se ha convertido en un espacio peligroso y trajinado que se ocupa de la movilización, la gran cantidad de masa que se transporta en vehículos ha generado una crisis y una precipitación de la velocidad disfrazada de urbanismo y progreso (Cruz Kronfly, 1998).

La afluencia de personas que arriban a la ciudad permiten dar vida diurna y nocturna a esta, la ciudad que nunca duerme, abriéndole a sus personajes espacios laborales extenuantes, por eso Chaparro Madiedo (1992) habla de una ciudad muerta que vive en las ruinas, con habitantes muertos, porque la agitación de la ciudad no permite que los seres

humanos tengan una vida tranquila y familiar, solo caminan como zombis de un lugar a otro en contra reloj. Estas máquinas humanas que le dan vida a la ciudad llenan algunos espacios al caer la noche: “cuando pasamos por la avenida Blanchot alcancé a escuchar el murmullo de la gente en los bares, en las calles, en los parques” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 13).

Estas migraciones urbanas de Chaparro Madiedo fluctúan entre bares, parques y calles pobladas por grupos que esperan la oscuridad para acudir a su punto de encuentro, sitios en el que cada personaje desahoga sus triunfos y desdichas al ritmo de la música, acompañados de una copa. Pero el retorno de Apolo hacía sentir una sensación extraña a los espectadores de la muchedumbre:

Me dio la impresión de que habíamos estado en medio de un jardín plagado de un millón de estatuas de ceniza que se desmoronaban entre copa y copa, entre risa y risa, entre palabra y palabra como si el tiempo de pronto les hubiera plantado un puñetazo... (Chaparro Madiedo, 1992, p. 129).

Esa levedad por unas horas al día se rompía pronto en el aire pesado de la contaminación, la espera en los buses y las obligaciones al retornar al trabajo.

El estrés que provocan las horas, los minutos y los segundos que vive el hombre diariamente en un bus, recorriendo los laberintos confusos entre las calles y avenidas de la ciudad para llegar de un lugar a otro y observar imágenes que no alcanza a procesar, son ejemplos de lo que encontramos en *Opio en las Nubes*:

El conductor esperaba a que el bus se llenara. Alguna gente estaba sentada en el bus. Aquel bus parecía un acuario sucio pleno de cabecitas inciertas metidas en humo, once y treinta y cinco pm, bolsas de almacenes Only y desolación (Chaparro Madiedo, 1992, p. 38).

Algunas de estas líneas hacen sentir la saturación cuando la narración se torna seguida, rápida, omite signos de puntuación que alteran la respiración, por su velocidad, la coincidencia con un mundo

fracturado y frenético. Esta ciudad, que era vista como el lugar del progreso, termina siendo solo un mito que sume los sentidos en el caos. La ciudad en crisis, llena de migraciones⁵, de contradicciones que acaba con lo humano y utiliza al hombre con una visión netamente instrumental, llevándolo a lo efímero y lo fragmentado, entre vivencias simultáneas que pierden su esencia.

Por último, se describe “La ciudad como espacio cultural del crimen”: la ciudad con sus resemantizaciones, habitada por un nómada solitario, desesperanzado, exiliado en el anonimato debe luchar con la masa migratoria para sobrevivir, convirtiéndolo en un criminal por su supervivencia, donde lucha tanto por sus necesidades como por su raza y su cultura, para así ganar un posicionamiento y un reconocimiento en la sociedad. Estas luchas se facilitan por la cantidad de callejones laberínticos e intrincados, barrios marginales y alejados que también hacen parte de la estructura de la ciudad (Cruz Kronfly, 1998).

Como refieren los personajes de la obra, observan un mundo en decadencia. En sus líneas se describe el crimen que cometió Altagracia, una mujer solitaria, quien le propinó dos disparos en el corazón a uno de sus amantes luego de hacer el amor, además surgen los suicidios como medio de salida, de abandonar todo y comenzar de nuevo en un lugar etéreo, como le sucede a una mujer que trata de ahorcarse pero la policía la detiene. Por otro lado, Carolo termina suicidándose y el Loco se estrella en una moto para huirle al amor no correspondido de Susy. Por su parte, Amarilla también termina sumergiéndose en el mar, esa tarde le dice a Sven que ha llegado la hora, sube a su bote, se despide y se la traga la oscuridad (Chaparro Madieto, 1992). Estos

5 Para ampliar el tema, según Romero (2011), las migraciones transforman la fisionomía de la ciudad, el crecimiento de su población genera nuevas estructuras sociales; en este proceso los inmigrantes provenientes de áreas rurales desesperados y esperanzados en un mejor futuro marchan a la ciudad, se instalan en barrios marginales donde sus agrupaciones son caracterizadas por constituirse entre personas provenientes de las mismas regiones. Estos sujetos foráneos luchan por subsistir y son catalogados como una sociedad anomia, que no reconoce las nuevas normas de la sociedad establecida en las ciudades, la cual los recibe como enemigos mientras se adaptan a su nueva vida.

personajes se valen de la muerte para huir de la realidad y sumergirse en lo impalpable.

Del mismo modo, se puede ver esa ciudad del crimen como una muerte simbólica, es decir, una muerte en vida, cuando asisten al bar, en medio del licor y el humo, se transportan a un espacio tranquilo: “Los pasajeros tenían la mirada hacia el cielo, se encontraban con los brazos abiertos y tú dijiste qué buena muerte [...] a lo mejor todos esos muertos soñaban que tocaban con la punta de sus dedos las nubes y el cielo...” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 88). Este símbolo de la muerte se traducían a una copa de whisky, un líquido que tenía la capacidad de crear su propio mundo, siempre permanecía con los brazos abiertos para todo aquel que quisiera poseerlo, solo bastaba ingerir unas copas de ese elixir: “Whisky es morir una noche con un poco de alcohol en la sangre, con un poco de lluvia entre las manos, con un poco de silencio. Morir con dinamita en la sangre” (Chaparro Madiedo, 1992, p. 116). Estas líneas enaltecen al whisky como una bebida salvadora, liberadora de almas que arraiga todo el cuerpo y se mezcla en la sangre, invade el corazón, el cerebro, fragmenta los sentidos hasta sentir el silencio y la calma.

Conclusión

En conclusión, la novela *Opio en las nubes* presenta varios rasgos de las ciudades literarias propuestas por Cruz Kronfly (1986), porque narra la llegada de sus personajes a la ciudad con el ánimo de encontrar el mito del progreso propuesto por la modernidad. También cuenta y describe a los hombres anónimos que aceptan las ordenes de la metrópoli para poder subsistir, que encarnan la falta de humanización y la soledad; estos personajes son llevados a un sin sentido, donde escapan en medio de vidrios rotos de una ciudad. *Opio en las nubes* es, sin lugar a dudas, la descripción de la ciudad sentida; la ciudad no vive sola, vive porque la mueven las personas que la habitan, que la sienten, que la respiran, que sobreviven ante la competencia constante, la corrupción y el conflicto, una crisis del sentido acompañada de la desesperanza y el vacío.

Referencias bibliográficas

- Árboles patrimoniales*. (s.f.). Recuperado de: <https://campusinfo.uniandes.edu.co/es/sostenibilidad/arbolespatrimoniales/urapan-o8-P03>
- Chaparro Madiedo, R. (1992). *Opio en las nubes*. Bogotá: Colcultura.
- Colombia aprende. (s.f.). Taxonomía plantas de 2 parques del barrio Bosques de Pinares Armenia. Recuperado de: http://aplicaciones2.colombiaaprende.edu.co/concursos/expediciones_botanicas/ver_herbarios_p.php?id=58&id_p=96
- Cruz Kronfly, F. (1986). De la alcoba a la plaza: Los lugares del hombre. En *La ciudad en la literatura* (23-28). Bogotá: Guadalupe.
- _____. (1994). *Doce interrogantes sobre la modernidad, cambio y gestión*. Cali: Facultad de Humanidades. Universidad del Valle.
- _____. (1998). Las ciudades literarias en la modernidad en crisis. En *La tierra que atardece* (167-204). Bogotá: Ariel.
- Escobar, M. (1986). Síntesis escrita de una conferencia oral. En *La ciudad en la literatura* (13-14). Bogotá: Guadalupe.
- Garcés, J. I. (1986). San Jerónimo de los Charcos: Este recuerdo que me persigue. En *La ciudad en la literatura* (15-21). Bogotá: Guadalupe.
- Joseph, I. (2002). *El transeunte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa.
- Murcia, F. (2009). *Mohan crítica literaria*. Recuperado de: <http://criticamohan.blogspot.com/2009/12/opio-en-las-nubes.html>
- Porrás, J. L. (1986). La literatura de ciudad: otra forma de dar historia a una generación. En *La literatura en la ciudad* (97-100). Bogotá: Guadalupe.
- Romero, J. L. (2011). *Latinoamérica las ciudades y las ideas*. Argentina: Siglo XXI.
- Rosero, E. J. (1986). La ciudad imaginada. En *La ciudad en la literatura* (111-113). Bogotá: Guadalupe.

K